

Eugenio García Cuevas

A Quemarropa

(Nacionalismo, intelectuales, ética y
academia)

Publicaciones
Puertorriqueñas
EDITORES

IV. Arcadio Díaz Quiñones: La guerra y el lugar de los intelectuales

Más allá de que se concuerde o se difiera de él es evidente que Arcadio Díaz Quiñones es uno de los intelectuales y críticos del país, que en las tres últimas décadas más consistentemente ha pensado y analizado una parte sustancial del pensamiento y la producción intelectual y literaria de Puerto Rico. Sus libros *Conversación con José Luis González*, *El almuerzo en la hierba*, *La memoria rota* y *El arte de bregar*, entre otras publicaciones en revistas nacionales y extranjeras apoyan lo sugerido. Sus intervenciones en conferencias, conversatorios, seminarios y foros, también refuerzan la premisa. Como ejemplo de lo afirmado, en marzo de este año, Díaz Quiñones ofreció una conferencia en uno de los Anfiteatros de la Facultad de Humanidades UPR, Río Piedras sobre "La guerra y el lugar de los intelectuales" que también derivó en una intensa, viva y nutrida discusión alrededor del mismo tema. Posterior a esto, el investigador y ensayista volvió en el verano de este mismo año, esta vez invitado por el

Departamento de Literatura Comparada, a ofrecer un seminario con igual título que la conferencia de marzo, ocasión que fue propicia para entrevistarlo en torno al asunto en cuestión y otros temas sobre los que también ha venido reflexionando y trabajando en los últimos años.

Reconocerse en una tradición

El escenario de la entrevista es el lugar donde ofrece el seminario. En la primera entrada Díaz Quiñones dice que el seminario es una manera de responder "intelectualmente a los años en que estamos viviendo: una guerra atroz y de una gran violencia, debates sobre armas de destrucción masiva, invasiones, ocupaciones militares, muertes, Ley Patriótica y de todo lo que rodea lo que ocurrió el 11 de septiembre y a partir del 11 de septiembre". En la segunda embocadura se declara admirador del intelectual palestino Edward Said y de la intelectual judío-alemana Hannah Arendt. Del primero elogia sus libros *Orientalismo* y *Beginnings*; de la segunda *La condición humana* y *Los orígenes del totalitarismo*. Un tercero no puede faltar: el italiano Antonio Gramsci, a quien considera un autor esencial para acercarse a las prácticas de los intelectuales.

Con estos tres en perspectiva su voz ya lleva entre cinco o siete minutos entrando a una cinta con capacidad para 90 minutos y que ahora se

transcribe, en gran parte. Se precisan las preguntas. Usted dice en el prólogo de *El arte de bregar* que *La condición humana* de Arendt ha sido uno de los libros que más ha frecuentado en los últimos años, ¿por qué? "Creo que porque es un libro que explora una zona que a mí me interesa, y que tiene que ver mucho con la literatura, pero también con la vida. Es un libro sobre el pensar y el actuar. Cuándo es que podemos hablar, en qué condiciones, cuándo y cómo podemos actuar, qué significa actuar en el espacio público, cuándo no se puede actuar, cuáles son las condiciones que niegan la intervención humana en el espacio público. Es un libro muy profundo que me ha conmovido siempre y, sobre todo, hay un aspecto de ese libro que para mí ha sido importante y es que ella ahí plantea un concepto que ella llama, de una forma muy sencilla un concepto, *la natalidad*, con todas las connotaciones bíblicas que tiene el término. Es decir, el nacimiento, cuándo y cómo podemos nacer de nuevo -empezar de nuevo-, aún en las peores condiciones. Es algo que me interesa en la historia cultural y literaria del Caribe y Puerto Rico. Es decir, aquellos momentos que parecen imposibles y, sin embargo, siempre hay individuos y personas que logran empezar de nuevo. Para ella misma fue importante porque era una intelectual judía que vivió el horror, y que logra empezar su vida de nuevo en los EE.UU y que, al mismo tiempo, teoriza

y piensa lo que significa empezar de nuevo y tiene que ver mucho con la legitimidad, la autoridad, dónde y cómo hablar".

¿Es posible intentar definir lo que es un intelectual? "Creo que sí, hay que intentarlo, uno tiene que partir de alguna tradición, hay que anclarse. Yo creo que ha habido muchas palabras y que el cambio de palabras significa que ha habido diversos momentos históricos. No creo que se pueda definir al *intelectual* sin referencias históricas. A veces la palabra que se ha usado es *letrado*; otras veces *escritor*; también la palabra *clérigo* -que no es lo mismo. Yo la uso, y es una elección, porque uno toma posición, de una forma cercana y próxima a la forma en que la discuten Gramsci, Said y Arendt. Pero sobre todo, en la tradición de Gramsci hay una función. La función del intelectual no es una condición permanente sino una función de que el intelectual es aquel que piensa, digamos, los valores de una sociedad, hace la crítica de esa sociedad. Es una función que involucra el pensamiento, pero no sólo el pensamiento, sino también que actúa en la esfera pública y que actúa de distintas maneras, bien sea mediante sus escritos o mediante intervenciones, a veces políticas, a veces culturales. Por ejemplo, para mí Edward Said fue un intelectual palestino y al mismo tiempo un intelectual académico".

Intelectuales, autonomía y legitimidad

Cada respuesta puede apalabrar otras preguntas, pero hay que acortar. No todo se puede indagar. Sin embargo, no se puede evadir la de los intelectuales al margen de la academia. Díaz Quiñones recupera el nombre del peruano José Carlos Mariátegui para ilustrar sus expresiones: "Era un intelectual de partido que estuvo involucrado en la vanguardia política de los años 20. También hay intelectuales conservadores que actúan en el espacio público y hay intelectuales de tradición de izquierda. No hay porqué limitar el término intelectual a las figuras de izquierda, ni tampoco limitarlo a las figuras conservadoras", precisa el intelectual nacido en Río Piedras y profesor de Literatura hispanoamericana en la Universidad de Princeton, New Jersey, desde 1982.

¿Se puede ser intelectual sin ser escritor? "Bueno, Gramsci dice que no hay no intelectual. Es decir, que todo el mundo piensa, que todo el mundo elabora una visión de la realidad y que todo el mundo tiene un saber. En un sentido, Gramsci tiene razón, no hay no intelectual, Gramsci también reconoce que los intelectuales muchas veces tienen saberes especializados que le permiten intervenir de ciertos modos en la esfera pública. Así es que yo me refiero al intelectual en un sentido moderno, que implica una discusión y un debate. Y los puntos que yo subrayaría -y no tengo ahí nada de original-, es

lo que plantean Said y Gramsci: Primero, un saber o ciertos saberes, segundo, una voluntad de intervenir en la esfera pública. Voluntad, no quiere decir que siempre se pueda y de distintas maneras, mediante escritos y de pensar la sociedad, sus valores a diferencia -por ejemplo-, de lo que puede ser un intelectual muy especializado en otras cosas, un intelectual más tecnológico o más técnico, que tenga un saber muy rico, pero que, sin embargo, no le interese participar en el debate público. Así, que para mí es importante que de algún modo participe en el debate público. Y ahí es que hay discrepancia porque hay gente que cree que eso significa que hay que participar en los partidos políticos, no necesariamente". Recorta que Edward Said y Susan Sontag son dos paradigmas que ilustran su reflexión.

¿Y Noam Chomsky? "Es un intelectual interesantísimo, porque por un lado es un lingüista que ha fundado toda una lingüística y, por otra parte, ha mantenido persistentemente una posición de debate en el espacio público. Así es que lo es en el doble sentido". Lo acentuado por Díaz Quiñones da para más: "En España pensemos, por ejemplo, en la gran tradición de la Generación del 98 hasta figuras de la Guerra Civil como María Zambrano, que a mí me interesa mucho, o en Puerto Rico en Nilita Vientós Gastón y José Luis González. Son intelectuales que algunos estuvieron vinculados a la academia, aunque Nilita de una manera muy

pasajera. Yo creo que se entiende mucho mejor lo de intelectual si uno lo diferencia de bohemio, que es otra gran tradición de artistas y de lo que llamaríamos intelectuales que tienen otra manera de hablar y de intervenir. Es más sofisticado el saber del intelectual que el del bohemio que de alguna manera también actúa en la vida pública". Los señalamientos de Díaz Quiñones no se quedan sin referentes, se alimentan con dos luises conocidos: Luis Muñoz Marín y Luis Palés Matos.

Hay una gradación, uno de los luises es matizado: "Palés Matos sería para mí el caso de un poeta que se forma en la bohemia, que nunca la abandona del todo y que habla en el espacio público a través de su poesía porque cultiva la sátira en *Tuntún de pasa y grifería* hasta el punto de que hace un libro incómodo para la sociedad puertorriqueña, que yo creo que sigue siendo incómodo todavía hoy. Éste tiene su manera de intervenir. Así es que hay casos muy fronterizos. Bueno, a veces la poesía, que puede ser muy autónoma y muy distante del espacio público muchas veces interviene a su modo". Una figura como Juan Antonio Corretjer, ¿entraría dentro de esta modalidad del poeta que interviene en lo público? "Sí, yo creo que sí, definitivamente, porque de una forma más explícita y con una vocación política y, además, con una vocación de intervención en el debate público mucho más que Palés Matos. Corretjer fue un militante, y Palés Matos no. Este último fue un poeta

que estuvo comentando su sociedad, riéndose de ella y al mismo tiempo amándola".

Se cierra lo que atañe a los poetas y hay un regreso a los teóricos europeos. El concepto sobre el llamado campo intelectual es el blanco. Díaz Quiñones vuelve al orden de las palabras: "El gran teórico y sociólogo Pierre Bourdieu es una de las figuras que me parece que ha dicho cosas muy claras sobre los intelectuales. Bourdieu desarrolla la noción del campo intelectual. Es un campo en más de un sentido, porque es una zona y, además, es un campo de debate en el cual hay figuras muy diversas y heterogéneas. Es importante la noción de campo, pero Bourdieu -que murió hace poco-, al final de su vida estaba muy interesado -otra vez-, en la tensión entre autonomía y compromiso. Esa no se resuelve nunca, porque como él dice muy bien -en el caso francés-, que fue uno de los primeros donde la palabra *intelectual* se convirtió en sustantivo con Emile Zola. La palabra *intelectual* era adjetivo hasta entonces, es ahí a finales del siglo XIX cuando en francés -y por cierto en español, poco después-, se convierte en sustantivo: el intelectual, los intelectuales. Eso es muy importante para la concepción moderna porque antes eran los *filósofos o letrados o bohemios*. Es a partir de esa experiencia de Zola que el término intelectual se convierte en sustantivo. Es decir, hay que historizarlo. Porque Zola se define, firma un manifiesto de intelectuales contra los militares y contra la justicia o la

seudojusticia militar en el caso Dreyfus y ahí esa palabra adquiere un valor especial, que yo creo que retiene todavía hoy".

Díaz Quiñones no se queda en el Zola de entonces, lo actualiza con los ejemplos de intelectuales más cercanos a estas geografías. Dice que cuando "Susan Sontag escribe sobre las imágenes de la infamia y la tortura hay una línea de continuidad con Zola. Es decir, ella como intelectual denuncia públicamente la tortura. O cuando en Puerto Rico, por ejemplo, se ha denunciado, digamos la existencia de las carpetas, o cuando Nilita Vientós Gastón denunció manifestaciones claras del macartismo, era una denuncia a lo Zola. Eso es muy interesante, pero el propio Bourdieu dice muy claramente, en sus últimos ensayos, que ese compromiso depende de algo que es anterior: es la autonomía. Para poder actuar como intelectual tiene que haber una conquista previa, que es cierta autonomía frente al Estado y a las instituciones. Y esa autonomía, esa legitimidad, la da solamente un saber, es una especie de autoridad que te da el mantenerte dentro de ese saber y de crear confianza de que ese saber es serio".

Es menester una síntesis, Díaz Quiñones la genera: "Yo te diría, resumiendo, que la palabra *intelectual* hoy día depende mucho de ese uso moderno que arranca de Zola, con distintas adaptaciones en distintas sociedades. Cuando Said denuncia, digamos, la destrucción de la sociedad

palestina por el Estado de Israel es una función muy parecida a Zola, cuando la Sontag lo hace -y Chomsky también-, lo que hacen es una tradición intelectual. Pero todos ellos dependen de esa autonomía que Bourdieu señala, y a mí eso me parece convincente. Es decir, que la intervención y el compromiso público presuponen una autoridad que la da la autonomía, y por eso hay épocas donde a lo mejor alguien está callado haciendo sus cosas, su poesía o su ensayo histórico, y de momento interviene. Pero tiene que garantizar que su esfera autónoma funciona y que está, por así decirlo, garantizada. Said decía muchas veces: "yo soy judío-palestino", y alguna gente se quedaba sorprendida, y yo pienso que es muy interesante. Porque decir, "yo soy judío-palestino", viniendo de él, quería decir: yo no confundo el Estado de Israel con la tradición intelectual judía, que es muy rica. Es decir, soy judío-palestino, me considero heredero (como intelectual), pero soy crítico del Estado de Israel, ahí lanzaba piedras y gritaba. Es un paradigma, y a la misma vez, era un hombre de una enorme cultura que escribió libros importantísimos y ahí residía su autonomía".

Academia, académicos e interludio

El intelectual premoderno nace en la universidad y hoy día, en la Posguerra Fría. Parece que esa sigue siendo su morada más habitada y

cómoda. ¿Qué puede hacer el intelectual desde la academia, cuál es la función de ese intelectual? "Es una buenísima pregunta, difícil de contestar. ¿Qué hacer? Siempre es difícil decir lo que se debe hacer. El intelectual académico tiene sus propias ambigüedades. Tú me preguntas qué se debe hacer y yo digo que depende dónde, cuándo y cómo. No hay una sola respuesta. Yo creo que lo primero -y ahí sigo a Bourdieu-, es que tiene que tener -en la medida de lo posible-una institución que lo ampare, porque las universidades fueron hechas para proteger una tarea, y si la institución funciona -aunque sea mínimamente-, ese amparo está ahí. Entonces ese intelectual lo que tiene que hacer es cumplir rigurosamente con ese saber y con la docencia. Está obligado a hacerlo. Una vez que cumple con eso, o simultáneamente, no veo por qué va a tener restricciones en otras zonas, porque también es un ciudadano. Si estamos hablando de un intelectual académico hablamos también de un ciudadano en una sociedad democrática y tiene toda la esfera pública para actuar. Si no la tiene, entonces, es que esa sociedad ha restringido notablemente esa esfera pública que puede ser la prensa, la radio o la televisión. Entonces en esos casos, cuando hay situaciones de extrema coerción, digamos de una dictadura militar. Muchas veces lo que se observa, históricamente es la retirada de la universidad. Los intelectuales se retiran de la universidad hacia zonas que parecen a primera vista más privadas, pero es

para poder retener su autonomía porque las situaciones extremas exigen a veces complicidades aceptables".

Antes de avanzar en la línea tensada se impone un interludio en torno al seminario que ofrece. Le leo una lista de los nombres de los autores seleccionados para leerse y estudiarse: Emile Zola, Rodolfo Wash, Susan Sontag, Edward Said, Primo Levi, Giorgio Agamben, José Martí, María Zambrano, Hannah Arendt, Nilita Vientós, José Luis González, Juan José Saer, más los filmes *The fog of War*, *The Red and the White* y el documental *Montoneros*, de Andres di Tella, entre otros. Queda claro que la pregunta no es mal intencionada ni capciosa, pero, ¿por qué escoger estos autores, estas lecturas y no otras? "Es una pregunta que uno tiene que hacerse continuamente. Sí, porque el tema es muy vasto. Yo, de hecho, estoy pensando en algunos que descarté, pero en efecto, uno puede pensar en muchos otros. Elegí algunos que me parecían interesantes para discutir en Puerto Rico y desde Puerto Rico, bien porque pensaba que quizás no se habían leído lo suficiente o bien porque en el momento actual y en la guerra actual serían importantes. Por ejemplo, Primo Levi me interesa muchísimo y creo que es un autor que quizás aquí no se ha leído tanto y ahí están sus libros centrales", explica Díaz Quiñones mientras comenta la mayoría de las selecciones enumeradas. ¿Y las películas y documentales? "Me interesa sobre todo el

documental porque éste plantea el problema de la verdad, la relación entre documental y verdad. Hay un debate muy interesante sobre el documental contemporáneo a partir de algunos documentales sobre el Holocausto".

El dónde, el cuándo y el cómo

Volvemos a los intelectuales. Se habla, refiriéndose más a la izquierda que a otros sectores, sobre la traición de los intelectuales. Ya es epíteto decir que intelectuales que alguna vez nadaron en el centro de proyectos, que hoy podemos llamar utópicos, se han retirado de la militancia y que se han integrado a las estructuras de los poderes reales, de ahí la traición y su silencio; ya no hablan. "Yo te diría lo siguiente: hay un texto de Bertolt Brecht, que para mí es un texto sensacional. Ese texto de Brecht se titula *Cinco dificultades para decir la verdad*. Yo asumo ese texto completamente. Brecht plantea la cuestión desde esta perspectiva: A menudo uno tiene una verdad que decir y no la puede decir, entonces eso hay que respetarlo. Hay situaciones de extrema coerción. Dice Brecht que para decir la verdad hacen falta condiciones. No se trata simplemente de que tengas una verdad y salgas a la palestra pública a decirla. Tú como periodista cultural y yo como académico sabemos que eso depende de muchas cosas. Cómo yo llego a decir esa verdad en público y Brecht plantea esas cinco

dificultades. Él dice cinco dificultades porque hace falta mucha astucia, hace falta el lugar y hace falta el interlocutor. En Puerto Rico sería una lectura tan importante como leer ahora a Primo Levi o a Susan Sontag. Aunque tampoco hay que limitarse a leer lo último que se ha publicado", expone Díaz Quiñones mientras amplía -regresando a Zola-, que si éste hizo su denuncia -en el caso Dreyfus- fue porque "era ya un novelista famoso y porque encontró un periódico, además de que quiso publicar su denuncia. Pero no siempre uno es tan afortunado. Susan Sontag puede publicar su denuncia en el *New York Times Magazine* de las torturas, Chomsky también. No es que sea fácil, pero hay condiciones para que ellos puedan publicar"; además de que están amparados por un prestigio que se han ganado, destaca Díaz Quiñones.

O sea, que es fundamental que existan las condiciones que propicien el decir del intelectual. "Tiene que ver con las condiciones sociales, con el acceso a las publicaciones, con tu vida y con la censura. Mira a Puerto Rico en el siglo XIX, la censura era la ley, o Puerto Rico bajo el maccartismo. Yo admiro a los que pudieron decir algo porque no fue fácil". Ilustra de nuevo con lo más reciente: la desgracia de las carpetas. "Todo eso indica condiciones de censura que se sienten en un ambiente". Así, que sería una enorme simplificación lo del enjuiciamiento al intelectual, resume Díaz

Quiñones. "Bueno, cómo, cuándo y dónde. Aún los que tienen un compromiso profundo no siempre pueden", compendia nuevamente el ensayista al recordar que quien primero acuñó la frase sobre la traición de los intelectuales fue el intelectual francés Julien Benda, autor con el que no necesariamente coincide, pero al que a su juicio hay que volver a leer.

¿De modo que hay que tener cuidado con las condenas? "Primo Levi habla de eso, él que vio horrores en los campos de concentración. Una de las cosas más maravillosas de Primo Levi es lo que él dice sobre la figura de los cómplices y colaboradores judíos en los campos de concentración. Él dice: 'yo prefiero no emitir juicios morales'. Él que estuvo allí y vio que en los escuadrones especiales los nazis usaban a los propios judíos para las labores más terribles: la de llevar a la gente a las cámaras de gas y luego incinerar los cadáveres. Los judíos eran los encargados de eso, y cada dos meses los mataban a ellos también. Primo Levi dice que eran colaboradores, 'pero yo prefiero inhibir mi juicio moral porque es difícil saber lo que la gente hace para sobrevivir'. Al mismo tiempo él insiste en que no es lo mismo la víctima que el verdugo. 'Yo creo que yo vi verdugos'. Yo creo que estamos hablando de problemas que requieren algo que no siempre uno ve ni aquí ni en EE.UU: la capacidad para matizar, para pensar, para la tolerancia, para

equivocarse, para discutir, no para condenar a las personas individualmente. Para mí eso es importante. Yo creo que una obligación de un intelectual puertorriqueño, por ejemplo -en estos momentos-, es hacer lo posible por intervenir en el espacio público, en los pocos espacios públicos que hay, y hay que hacerlo con un gran sentido ético. ¿Por qué? Porque es muy fácil destruir ese espacio".

Reglas de diálogo, calle y medios

¿Y en la academia qué se debe hacer? "La academia tiene reglas de diálogo. A mí que me perdonen los que hablan siempre de "polémica". Yo creo que hay reglas del diálogo y del debate en la institución académica. No es lo mismo si yo me lanzo a manifestarme en las calles -lo cual creo perfectamente legítimo. Por ejemplo, contra la depredación del paisaje puertorriqueño y de los barrios, que me indigna, porque creo que hay un capitalismo salvaje que justificaría ir a las calles a protestar. Si yo me lanzo a la calle a denunciar yo no estoy interesado en el diálogo, estoy interesado en protestar. Tomo eso como ejemplo. Creo que aquí es un horror lo que ha ocurrido con las playas y las montañas. Eso se ha dicho muchas veces, pero hay que repetirlo. Es una depredación como pocas veces se ha visto en una isla frágil y bella. Cada vez que vengo veo nuevos horrores, incluyendo el que está aquí frente a la Universidad, ese llamado Plaza

Universidad, cuyo "arquitecto" no tiene ni nombre, según me han dicho. Eso me parece una agresión monstruosa, que me gustaría decirlo públicamente como puertorriqueño, como universitario formado aquí y como ciudadano. Eso para mí es un ejemplo de algo inaceptable que merece una condena".

"Otra cosa, yo podría lanzarme a la calle por esa razón, como también podría lanzarme a la calle por la guerra en Irak, que me parece una infamia. Otra cosa sería el diálogo en la Universidad donde uno sabe que tan pronto se sienta tiene que respetar ciertas reglas, porque uno no habla de la misma manera en todos los lugares. Yo creo en el lugar, por eso "el lugar del intelectual". El lugar es importante, el lugar específico donde te formas, el lugar desde donde hablas y las reglas de ese lugar, porque una cosa es publicar en un periódico y otra es sentarse en una mesa a conversar y otra cosa es la calle como protesta". Dicho esto Díaz Quiñones trae otra muestra para apoyar lo expresado: El caso del cubano José Martí "Éste vivió la prisión, pero publica en Madrid, en La Habana no podía publicar. Su lugar es doble, ya ha tenido la experiencia del presidio, pero cuando está en el exilio, puede publicar en Madrid. Así, que el lugar es también una categoría compleja. El lugar es lo que te da sentido y te permite o te impide actuar. Hannah Arendt tiene páginas muy interesantes sobre el lugar, igual que los poetas que saben perfectamente que el lugar es decisivo".

Pero en Puerto Rico muchas veces acceder al espacio público se dificulta ya que los medios tienden a espectacularizar casi todo lo que encuentran, palpan y se le aproxima. Entonces el intelectual cuando quiere participar se toma el riesgo de ser trivializado. Entonces ahí hay unas limitaciones que de alguna manera convierten al intelectual en alguien que, incluso, se puede autocensurar porque no encuentra el lugar donde exponer lo que necesita exponer desde su óptica y ética. Se toma incluso el riesgo de ser deformado, editado malamente y tergiversado por el mediador, la mayoría de las veces un periodista o un editor. "Estoy totalmente de acuerdo contigo. Es particularmente crítico en Puerto Rico. Has tocado una zona que me preocupa enormemente, ya que en Puerto Rico los espacios y los lugares para la crítica se han reducido enormemente en el espacio público".

Díaz Quiñones ve una contradicción en todo esto. La revela: "Yo leo que aquí hay 2.2 millones de automóviles para cuatro millones de personas y algunos dicen que no son dos, sino tres millones. Sin embargo, hay una gran pobreza de publicaciones periódicas, quiero decir de amplia circulación, y a mí me preocupa mucho lo que dices de los medios, incluyendo la televisión. Yo creo que un intelectual tiene ahora la obligación -por la autonomía-, de vigilar cuidadosamente en qué programa participa y desde dónde habla porque

sabemos que existen las connotaciones y que los significados se pueden desvirtuar. No es cuestión de hablar dondequiera, porque en realidad significa a veces la neutralización total. No es que la prensa escrita sea mejor, porque la prensa escrita puede ser lo mismo, o sea banal. Cuando he estado hablando en Puerto Rico algunos amigos y compañeros me dicen que es así en todas partes. Pero no es cierto: no es así en todas partes. En ciudades comparables hay varios periódicos, siete u ocho, con suplementos culturales importantes. Porque una cosa es París y otra cosa es New York. Pero yo no hablo de París o New York hablo, por ejemplo, de Sevilla que es una ciudad comparable, hablo de Lisboa que es una ciudad comparable, hablo no de Buenos Aires sino de Rosario, que es una ciudad comparable. En esas ciudades hay 6 ó 7 suplementos cada fin de semana y uno puede pasarse el día entero leyendo. Los libros existen y existe un pensamiento en torno a los libros y eso aquí se ha empobrecido mucho. No guarda proporción con la abundancia que ofrece esa misma sociedad en términos materiales de automóviles, de casas, de artefactos y, sin embargo, una pobreza muy grande de la circulación de libros y de reflexión sobre los libros y una pobreza grande en la crítica de arte y cine. En otros lugares uno tiene muchas otras opciones".

¿Cómo se traduce eso en práctica social? "En Madrid, por ejemplo, la gente se maravilla de lo que ocurrió contra la participación española en la

guerra, que incluso llevó a un cambio de gobierno. Sí, pero en Madrid hay una calle, hay una sociabilidad en la calle y hay diarios y revistas. Esa calle no se puede improvisar, y esas revistas y diarios tampoco. En Barcelona o Madrid, un sábado o un domingo, puedes leer seis o siete suplementos y, por lo tanto, ahí hay espacio para sectores considerables del mundo intelectual y artístico. Lo de Puerto Rico lo considero particularmente pobre, se ha ido empobreciendo y eso es preocupante". ¿A qué se puede deber esta situación? "Me imagino que tiene razones complejas, pero tengo una explicación. Creo que eso ha ocurrido por algo complejísimo y sencillo a la vez: es que en el campo de las llamadas comunicaciones en Puerto Rico hay un capitalismo salvaje y extremado como pocas veces he visto. Es decir, se considera que el periodismo, que la televisión no tienen obligaciones ciudadanas. Lo que ha ocurrido es un caso clásico de capitalismo salvaje que ha destruido buena parte de la esfera pública. Yo veo una relación entre la ausencia de suplementos culturales dignos -de lo que este país necesita y merece-, y también el empobrecimiento de la ciudad, de la cultura urbana, del desarrollo irresponsable. Yo veo una relación, y a veces veo diarios, cuyo nombre no voy a mencionar, que son diarios que pesan como cinco kilos de anuncios que ni siquiera uno ve en otras ciudades igualmente capitalistas. Por eso digo "salvaje", porque yo sé que estamos inmersos en una sociedad capitalista y

asumo esa sociedad de muchas maneras. Incluso le veo virtudes grandes a ese tipo de sociedad, pero otra cosa es lo que uno observa aquí en ciertas zonas donde el intelectual y los artistas resultan muy disminuidos porque todo se mide por la vara de la corporación, por el profesional que gana tanto dinero. Incluso el arte se convierte solamente en su capacidad de mercadeo. Yo percibo un cambio, por ejemplo, de los pintores con su sociedad. Todo está ahora mediado a través del mercado y eso es preocupante. Los escritores creo que resistirán mucho más porque hay una gran tradición de escritores que siempre han hecho otra cosa, y escriben y tienen otro trabajo y pueden escribir para el futuro, pero hay zonas del arte que no pueden esperar. Por ejemplo, el cine, la danza y la pintura", expone el autor de la edición crítica (Editorial Cátedra, Madrid) de *La Guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez.

Es inevitable desanclarse de los medios. Sus enormes deficiencias los convierten en blancos donde es difícil errar cualquier disparo. Los ejemplos pueden ser más, pero he aquí sólo dos de los señalados por Díaz Quiñones: mientras en casi todas partes se ha criticado la concepción alegórica, épica y triunfalista de la guerra, la prensa local ha reproducido lo contrario. Igual ha ocurrido con la muerte de Ronald Reagan. Éste no solamente es criticable por ser un propulsor de las guerras sino porque también desmanteló un tipo de sociedad

que afectó grandemente a los puertorriqueños. "Yo creo que la prensa tendría que dar aquí un espacio más amplio para la crítica de esas conmemoraciones. Por eso, cuando hablo de guerra e intelectuales, pienso en Goya y Picasso. Goya - como dice la Sontag-, nos enseñó a ver de otra manera; le quitó a la guerra cualquier halo heroico. Picasso también con *Guernica*. Eso es lo que hacen los artistas cuando pueden, y a veces corriéndose unos riesgos extraordinarios".

La cultura, una historia inconclusa

Retornamos a los libros. En la introducción a la *Antología* de Luis Llorens Torres (verso y prosa) publicada por Ediciones Huracán en 1986, usted dice que la historia intelectual puertorriqueña está aún por escribirse. ¿Tiene validez ese juicio todavía o habría que corregirlo? "Hay gente extraordinaria escribiendo desde ese momento hasta acá; hay trabajos muy buenos, pero yo sigo sosteniendo eso. Ahí están los trabajos de Juan Gelpí y María Elena Rodríguez; ahí están otros trabajos extraordinarios, pero yo creo que todavía hay mucho por hacer, por una razón o por varias. La historia intelectual está por escribirse no sólo porque falta trabajo de archivo y de recuperación, sino también porque hacen falta otras miradas". ¿Cómo ilustrar lo expresado? Trae a colación la situación de José Luis González: "Esas pequeñas editoriales mexicanas que publicaron sus

trabajos, quiénes eran, qué papel jugaron en la difusión de la literatura puertorriqueña. O por ejemplo, el caso del siglo XIX, el papel de la censura. Se ha escrito muy poco sobre los efectos de la censura en Puerto Rico en el siglo XIX". Díaz Quiñones suma otros ejemplos: "Se ha hecho muy poco sobre el impacto que ha tenido en la sociedad puertorriqueña la presencia militar norteamericana, no sólo las guerras y las invasiones, sino el hecho de que hay temas que han sido difíciles de tratar, tabú. En parte porque ha habido una dominación militar y no hemos podido tratar ciertos temas", ilustra el ensayista al tiempo que expone lo difícil que es también poner en perspectiva las condiciones de trabajo intelectual del dominicano Pedro Henríquez Ureña, pensador al que admira y que es figura central en su libro de próxima publicación.

Llegamos al final: A raíz de la publicación de *Ciudadano insano*, de Juan Duchesne Winter, *La raza cómica*, de Rubén Ríos, *Nación Postmortem*, de Carlos Pabón y *Un país del porvenir* de Silvia Álvarez Curbelo, entre otras publicaciones, ¿le parece a usted que estamos ante el nacimiento de una nueva ensayística o de un nuevo intelectual puertorriqueño? "Curiosamente es un momento muy preocupante ante la ausencia de revistas, de la pobreza de las librerías -no hablo de las librerías que conocemos-, si no del país y la falta de bibliotecas, si no también del poco espacio en la prensa periódica. Sin embargo, es un excelente

momento -creo yo-, desde el punto de vista de las publicaciones de ciertos libros. Y son libros escritos -casi todos-, por personas vinculadas a la institución académica, lo cual demuestra que la academia está en una buena situación si puede producir ese tipo de intelectuales y de libros. Yo leo con mucho interés los libros que se publican y llegan a mis manos. Me parece que el nivel es muy alto y muy sofisticado, lo cual no quiere decir que esté de acuerdo, porque no se trata de eso -eso sería banal-, pero hay un nivel muy alto y eso es muy alentador para los que nos dedicamos a esto y nos preocupa el campo intelectual", cierra exponiendo Díaz Quiñones, no sin antes decir que lo importante es darle continuidad a este tipo de trabajo intelectual y editorial.